15º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 13,1-23.

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla.
Les habló mucho rato en parábolas:
-Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron.
Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.
Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron.
El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta.
El que tenga oídos que oiga.

DAR FRUTO

El objetivo de Jesús es explicar lo que Él llama el *«Reino de Dios»*, *«cómo se implanta y como se vive»* en este reino. Y quiere insistir en la *«lentitud»* de su implantación y en la *«dificultad»* de su maduración. Y ante la dificultad de hablar directamente del Reino de Dios, esta explicación la hace a través de *«parábolas»*.

Las parábolas utilizan un lenguaje simbólico, abierto y que obliga a pensar. *«Simbólico»*, porque, a partir de ejemplos de la vida de la gente, expresa algo que está mucho más allá de esos ejemplos, algo que es capaz de llenar en plenitud los corazones de las personas. *«Abierto a lo trascendente»*, porque el Reino de Dios supera los horizontes de nuestra humanidad dado que es un Reino que no es de aquí, pero que comienza aquí. Y *«obliga a pensar»* porque si bien es imposible abordarlo en su totalidad, las parábolas son un primer paso que invitan a seguir profundizando en el conocimiento del Reino de Dios. Diríamos que las parábolas *«hacen pensar, inquietan y comprometen»*.

La parábola del sembrador nos presenta la *«salvación-liberación»* de la persona como una obra de *«colaboración del hombre con Dios»*, en la que *«la iniciativa es del Padre y la libertad humana queda en todo momento intacta»*, para bien o para mal. La Palabra de Dios nunca actúa automáticamente, sino *«como don que se ofrece a nuestra libre aceptación»*. Podemos aceptarla y colaborar a su acción creadora o cerrarnos y seguir permitiendo el desorden establecido en el mundo.

El sembrador, Dios, esparce por todas partes la semilla, su Palabra, en los corazones de las personas. La Palabra está ahí, constantemente sembrada. *«La Palabra se ofrece a todos»*. Todas las cosas, todas las circunstancias, son, por esencia, Palabra, manifestación de Dios, invitación de Dios. Ya en el prólogo del Evangelio de San Juan se dice: *«En el principio existía la Palabra… y la Palabra era Dios»*.

Pero también se dice en ese mismo prólogo: *«Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros»*. A esta Palabra, que Dios engendra como Padre, le llamamos Hijo -no tenemos otro lenguaje más adecuado para hablar de Dios-. Y este Hijo venido a este mundo en carne y hueso, como nosotros, se llama Jesús de Nazaret y a Jesús de Nazaret Resucitado, retornado al Padre y exaltado en el cielo le llamamos Cristo, Jesucristo, el Señor. Y *«su Palabra es su Evangelio»*, que es universal, válido para todos.

Dios se derrama en todos y por todos de la misma manera. Pero Dios no se nos da como producto elaborado, sino *«como semilla, que cada uno tenemos que dejar fructificar»*. El fruto no depende pues de la semilla, sino de las diversas situaciones del terreno, de la situación de cada uno de nuestros corazones. Jesús nos lo explica bien en el Evangelio.

***«La semilla devorada por las aves»* evoca la intervención del maligno, que lleva al corazón la incomprensión del camino de Dios, que es siempre el camino de Cruz.**

«La semilla sin raíz» describe la situación en la que se acepta la Palabra sólo exteriormente, sin una profundidad de adhesión y amor a Cristo. Quizás se llega a recibir con alegría la Palabra, pero sin cultivarla, haciéndola convivir con nuestros deseos irrefrenables de disfrutar, con nuestro afán por instalarnos, de mejorar nuestro nivel de esta vida... árido pedregal en que mueren fácilmente las semillas recién brotadas.

«La semilla ahogada» nos remite a las preocupaciones de la vida presente, a la atracción que ejerce el poder, al bienestar y al orgullo.

«La semilla que da fruto» se da en la persona que escucha, riega, quita zarzas y piedras, en la que hace porque la Palabra germine. Es la persona que lucha contra sus defectos, contra sus pecados, no para recibir ningún premio por ello, sino para preparar el camino al Señor que viene y constantemente siembra. Dar fruto no es hacer cosas, sino *«hacerse como persona»*, *«dar sentido a mi existencia»* de modo que al final de ella, la creación entera pueda ser un poco mejor gracias a mi presencia en ella.

Es vivir en un escenario que invita a la *«oración constante»*, no para pedir cosas a Dios, sino para escuchar su incansable Palabra.

Y la semilla florece, en forma de *«compasión»*, de *«solidaridad»*, de *«valores éticos»*, de *«atención a lo trascendente»*.

Cuando somos capaces de *«amar»*, de *«perdonar»*, de *«esforzarnos y sacrificarnos por otros»*, está floreciendo la semilla, unas veces algo, otras bastante, otras muchísimo...

«La Palabra no da fruto automáticamente». Por ello, aunque es divina y por tanto omnipotente, la Palabra, para que dé fruto es necesario que sea *«acogida por cada uno de nosotros»*, recorriendo para ello un camino lento pero constante, sin prisas, pero sin pausa.

Y es que *«el Reino de Dios se construye de dentro hacia fuera»*, no por la fuerza del dinero ni por la imposición del poder sino por la fuerza interior de la Palabra. Jesús sabe que ninguna estructura funcionará bien si sus piezas no son buenas. Nuestro mundo dejará de funcionar si nuestros corazones dejan de hacerlo. Jesús empieza, pues, por el principio: *«cambiar los corazones»*. Todo lo demás, las estructuras, las empresas, las sociedades cambiarán si las personas cambian. Jesús fue un buen sembrador.

Y la Palabra *«se adapta a las condiciones del terreno»*, o incluso más, acepta las respuestas que le da el terreno y que pueden ser también negativas. Es el *«misterio de la condescendencia de Dios»*, que llega incluso a ponerse completamente en nuestras manos. Pero es que, en el fondo, la semilla sembrada en los diversos terrenos es Dios mismo, es Jesús mismo.

La lectura de esta parábola y de la explicación que dio Jesús a sus discípulos ha de suscitar en nosotros una *«reflexión»*. Nosotros somos la tierra en donde el Señor siembra incansablemente la semilla de su Palabra y de su amor. *«¿Con qué disposición la acogemos?»* *«¿Cómo la hacemos fructificar?»* ¡Que nuestra respuesta sea positiva!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
12 de julio de 2020